

Pewatero: apuntes sobre cosmovisión y medicina tradicional entre los Warijío*

Presentación

Este ensayo, que por su brevedad debería más bien denominarse *comunicación*, forma parte de las actividades previas a un trabajo más extenso que pretende concluir con la redacción de una monografía sobre una de las cuatro etnias indígenas que habitan en la Sierra Tarahumara del estado de Chihuahua, los warijío o, como ellos se denominan, warijío. Más que aportar novedosas, sobresalientes o muy elaboradas informaciones en torno al campo de la medicina tradicional indígena y a sus especialistas, pretende sobre todo difundir mínimamente algunos aspectos de la cultura de este pueblo indio que, entre otras cosas, inexplicablemente no fue tomado en cuenta en el pasado Censo Nacional de Población, levantado en 1990, en un claro ejemplo de etnocidio estadístico, sin que existan justificadas causas para ello (más que, claro está, la incompetencia de los encuestadores y los supervisores censales). En efecto, según el documento oficial que dice quiénes y cuántos somos en México, no había en ese tiempo ni una sola alma que se considerase warijío.

Las informaciones, datos y testimonios que vamos a presentar en nuestra sencilla exposición proceden de dos fuentes: por un lado, de la escasa bibliografía y documentos que sobre los warijío se encuentran publicados o en forma de mecanuscritos; por otro lado, de entrevistas y observaciones efectuadas en varias salidas en trabajo de campo realizadas con alumnos de la ENAH Unidad Chihuahua, como parte de las actividades académicas de la Licenciatura en Antropología y de las tareas de asesoría proporcionada por el autor durante el presente año (1995) a la Comisión de Asuntos Indigenistas del Honorable Congreso del Estado de Chihuahua.

Etnografía mínima

Son pocos los datos que se tienen sobre la composición y características socioculturales de los warijío durante la conquista

ta y colonización del norte de México, aunque ya en 1588 se menciona este grupo como formando parte del numeroso conjunto de tribus que poblaban un extenso territorio comprendido entre las serranías alledañas a los ríos Mayo y Fuerte y la Baja Tarahumara. Tubares, guazapares, chínipas, conchos, tehuecos, guailopos, híos, yecuaromes y otras naciones eran seguramente, tanto denominaciones de etnias distintas entre sí, como referencias a poblaciones o localidades dentro de un mismo grupo étnico-lingüístico. Muchos de estos grupos desaparecieron durante el proceso de colonización, impulsado sobre todo por los jesuitas, y otros se fusionaron hasta conformar el panorama étnico existente actualmente.

Al parecer, la respuesta de los warijíos ante la incursión religiosa-militar, a través de las misiones de Nuestra Señora de Uarojíos —fundada en 1626— y Santa Inés de Chínipas



Los warijío de Chihuahua: una etnografía mínima. Escuela Nacional de Antropología e Historia-Unidad Chihuahua, año de edición 2002.

* Porras, E. (1999). "Pewatero: appunti sulla cosmovisione e sulla medicina tradizionale fra i Warijío". Revista *Altrove*, 6. Società Italiana per lo Studio degli Stati di Coscenza. Ponencia presentada en la II Reunión de Medicina Tradicional del Norte de México en Monterrey, Nuevo León, en noviembre de 1995.

—creada en 1627—, osciló entre la aceptación o aparente sujeción pacífica e indiferente y la rebelión y oposición violenta ante los invasores. Junto con los guazapares, participaron en el levantamiento armado que tuvo lugar en 1632 y que provocó la retirada de los misioneros por un periodo de aproximadamente treinta años y el exterminio y concentración en localidades de Sinaloa de muchos de los indios que se alzaron. El gran vacío de información historiográfica sólo puede ser llenado a base de algunas conjeturas, como las que proponen que hacia 1770 se produjo la separación entre los warijós de Sonora y los de Chihuahua, siendo muchos de estos últimos asimilados por los tarahumaras de las barrancas, mientras que otros se trasladaron a las regiones serranas donde hoy se localizan y en donde estuvieron al servicio de hacendados y terratenientes que, a lo largo del siglo XIX, compraron u obtuvieron grandes extensiones de tierra. No es hasta los años treinta de este siglo que los warijós son “redescubiertos” por medio de los estudios de Howard S. Gentry para la Smithsonian Institution.

En la actualidad, los warijós habitan una parte de la región fronteriza entre los estados de Sonora y Chihuahua, cuya línea divisoria corresponde con bastante exactitud al curso del río Mayo. Los warijós de Sonora se ubican en una pequeña región al noroeste del municipio de Quiriego y en otra zona más amplia al norte del municipio de Álamos, en tanto que la mayoría de los warijós del estado de Chihuahua se encuentran principalmente en algunas localidades de los municipios de Uruachi y Chínipas y, en menor proporción, en el municipio de Moris. Se trata de una región sumamente accidentada orográficamente, con un clima extremoso, con tierras poco aptas para el cultivo y la ganadería que, junto con la ausencia de vías de comunicación, la colocan en uno de los primeros lugares de pobreza y marginalidad social.

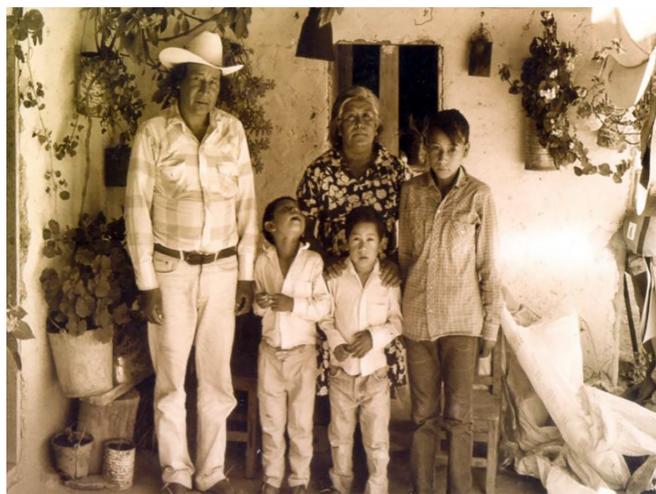
En cuanto al número de indígenas, para el estado de Sonora se cuenta con varios censos y estimaciones realizados por diversas instituciones entre 1989 y 1994 que oscilan desde los

novecientos ochenta y cinco que señala el Instituto Nacional Indigenista en su Censo de población y vivienda del grupo étnico guarijío de 1990, hasta los mil cuarenta estimados por el proyecto SILOS-Guarijío en base a un análisis de los diversos censos.

Para el estado de Chihuahua es todavía más arbitraria y difusa la información que se dispone sobre la cantidad de indígenas warijós. Mientras que el proyecto citado anteriormente habla del 2000, Julio Artalejo —del Consejo Supremo Guarijío y uno de nuestros principales informantes— calcula que hay unas trescientas familias warijós, lo que parece corresponder con la mencionada cifra. Las comunidades más importantes son las siguientes: San Ignacio (48 jefes de familia); Silaybo (72 indígenas); Mocorichi (unos 150 indígenas); Palmaritos (98 familias); Chagaybo (35 jefes de familia); La Barranca, Chiltepín, San Juan y La Mesa de Ceriachi (en conjunto 115 jefes de familia); Pacaybo, Arechuybo, en el municipio de Uruachi; en el municipio de Moris se encuentran La Finca, Cieneguita, El Gavilán, Sicachi, Guamuchi y otros ranchitos menores (unas 160 familias en total), y en el municipio de Chínipas: Loreto (con 88 familias), Guazaremos (25 jefes de familia) y Santa Ana (70 familias).

Estas localidades y rancherías se encuentran muy separadas entre sí y son escasas las relaciones que mantienen entre ellas. Las principales actividades productivas y que proporcionan los medios para sobrevivir en un medio tan hostil consisten en agricultura, básicamente de temporal, que proporciona casi exclusivamente el maíz, frijol y calabazas requeridos por cada unidad familiar, algunas de las cuales suelen contar con una pequeña hortaliza y pocos árboles frutales; ganadería escasamente desarrollada, principalmente ganado vacuno y en algunos casos caprino, para consumo o venta; recolección de frutos, plantas y raíces silvestres de acuerdo con la estación; las artesanías de palma (wares, sombreros, petates) que muy pocos confecciona; las migraciones temporales a plantaciones de Sonora o Sinaloa y a los centros urbanos en donde trabajan eventualmente, y las ayudas proporcionadas por las instituciones gubernamentales en forma de despensas alimenticias, animales y bienes materiales: complementos a las fuentes de recursos económicos para la mayoría de la población warijós.

Únicamente los mitos, las fiestas tradicionales y la lengua —correspondiente a la familia yutoazteca, emparentada directamente con el rarámuri o tarahumara y hablada por un 30% de la población total— distinguen a los warijós de sus vecinos los mestizos o yoris, ya que en lo demás su vida transcurre en forma semejante; es difícil trazar los límites entre ambas culturas o entre el sentido de pertenencia o identidad étnicas a uno u otro grupo. La ausencia de profesores que enseñen en warijós, al menos por lo que respecta al estado de Chihuahua, y el despectivo trato hacia sus hablantes, hacen que la lengua se encuentre en un real peligro de desaparición, pues son muy pocos los jóvenes y niños que actualmente la usan. Es ése uno de los aspectos que, junto con la deficiente atención médica



Porras, E. (1995). Julio Artalejo y familia. Arechuybo.

que reciben, muestran la marginación y el poco apoyo que recibe esta cultura indígena por parte de los responsables de la acción indigenista, seguramente porque en la región warijón no se encuentran grandes recursos naturales de los que aprovecharse a bajo costo, como fue el caso de la explotación forestal en otras zonas de la Sierra Tarahumara.

El considerable aislamiento en el que hasta hace poco han vivido las comunidades warijón del estado de Chihuahua, ha sido también el causante de otro fenómeno que ha venido a contribuir en la desintegración cultural del grupo. En efecto, a fines de los ochenta y principios de los noventa la siembra de estupefacientes y el narcotráfico llegaron a varias regiones serranas de Chínipas, Uruachi y Moris, dejando una estela de muertes, injusticias y mala fama de algunas localidades como Arechuyvo. La inauguración de un camino de terracería entre esta población y Uruachi hace un año, así como el reciente (octubre 1995) tramo hasta Chagaybo y San Juan, han contribuido a devolver relativamente la calma a estas regiones y hacen prever acelerados cambios e impactos socioculturales importantes en las localidades indígenas que, por otro lado, pueden conllevar también una revalorización de la cultura y tradiciones warijón.

Mitos y fiestas

Como se afirmaba anteriormente, es sobre todo a partir del estudio y análisis de las prácticas rituales, las ceremonias, los mitos y las leyendas que podemos acercarnos a los rasgos más tradicionales y genuinos de la cultura warijón. Con estos elementos se transmite la memoria histórica del grupo mediante el ejercicio de la oralidad y el empleo de la lengua y la gestualidad. También sirven para marcar las diferencias respecto a los mestizos y a los demás grupos étnicos, haciendo siempre alusión a ellos para reconocer una identidad que en la vida cotidiana queda difuminada por el poco contacto existente entre las diversas comunidades.

La fiesta sintetiza y condensa la mayoría de los símbolos, el ethos y la cosmovisión indígenas. Es el aspecto de la cultura del que más se sienten orgullosos; del que todo el mundo habla y, a la vez, se lamenta que en la actualidad ya que casi no se celebren. Esto último denota una crisis profunda, o al menos transitoria, en las formas de organización social y en las distintas jerarquías, funciones y cargos que seguramente antes formaban parte de la cultura warijón. Así, por ejemplo, en las comunidades que visitamos eran ya muy escasos los cantadores que sabían dirigir las ceremonias y danzas; pocos los que conocían los mitos de los abuelos y antepasados, y contados los que se dedicaban a tocar la guitarra, el violín y el arpa, los tres instrumentos musicales básicos entre los warijón de Chihuahua. Por otra parte, tampoco manifestaron los jóvenes demasiado interés por aprender estas cuestiones, con la argumentación de que en poco les ayudaba ese conocimiento para sobrevivir o destacar en sus relaciones con un mundo domina-

do por otra lengua (el español) y por la mentalidad de la competencia, los valores materiales y el rendimiento económico.

Las ceremonias más importantes que todavía siguen realizándose en algunas comunidades warijón de Chihuahua, aunque en forma esporádica, son las velaciones y el tuburi. Las primeras se realizan alrededor de un santo que es velado durante toda la noche, a través de rezos e invocaciones, y al que se solicita algún favor ya sea individual (como la curación de una persona determinada) o colectivo (por ejemplo la abundancia de agua o una buena cosecha). Las principales imágenes que se veneran son las de San Isidro Labrador (el patrón de la agricultura); San Juan; el Santo Niño de Atocha; la Virgen de Loreto y la Guadalupana. Generalmente en fotografía se encuentran en algunas casas, puesto que son prácticamente inexistentes las iglesias en la zona warijón y la atención religiosa por parte de algún padre católico. A veces las velaciones concluyen con una procesión del santo por la comunidad o las tierras de cultivo.

Aunque los motivos para su realización suelen ser los mismos que para el caso de las velaciones, el tuburi es una ceremonia mucho más compleja que suele durar tres noches e



Porras, E. (2002). Judas. Semana Santa. Loreto.

involucra muchos más elementos. Se celebra en el patio de la casa anfitriona y tiene como símbolo central una cruz de madera situada entre el lugar en donde se sienta el cantador y las mujeres que van a bailar una al lado de otra con un rítmico, lento y alterno golpeteo de pies en el suelo. En otros momentos, siguiendo lo que el cantador dice, las mujeres escenifican acciones de algunos animales o de la vida cotidiana involucrando cómicamente a todos los asistentes. Al lado del banco del cantador bailan los pascoleros frente a los músicos, con un ritmo más rápido y al compás también de sus chairigoras, ristas de capullos de mariposa rellenos de piedritas atados a los tobillos o, a veces, a la cintura. Los sermones que el cantador dirige a los participantes, la comida y la ingestión de tesgüino son otros de los elementos imprescindibles de la ceremonia.

El tuburi se sustenta en los mitos de creación del mundo y de la gente propios de la cosmogonía warijó. A través de ellos cada narrador hace suyo el pasado indígena; le imprime características particulares —lo que hace que varíen las formas, pero no los contenidos—; consigue concebir el presente como una actualización del pasado; posibilita la continuidad en el tiempo y establece un puente entre lo sagrado y lo profano, lo natural y lo sobrenatural, lo social y lo cósmico.

Así, se parte de un principio en que todo el mundo era un gran lago y de que Dios, “Tata Dios” o “nonó, el que es padre” se puso a cantar durante tres días y tres noches en los que formó el mundo al esparcir ante sí un puñado de arena la cual sacó de las aguas. Para comprobar si la tierra ya estaba firme, mandó a varias especies de aves hasta que la paloma volvió sin zoquete en las patitas. Fue entonces que bajó Jesucristo, la Luna y el Sol, quienes empezaron a pascolear y bailar tuburi para que la tierra se amacizara. Fue entonces cuando se les dijo para qué servía o qué tenían que hacer en esta vida.

Igualmente, se cuenta que formó a los hombres de tres figuritas de barro del fondo del mundo al soplar tres veces sobre ellos: de los que se convirtieron en cenizas surgieron los yoris o mestizos; de los de barro rojo salieron los indígenas, y del resto las demás razas. Una variante involucra al diablo como imitador de Dios que tan sólo consigue crear todos aquellos animales que se consideran dañinos, malos y peligrosos (víboras, arañas, ciempiés, alacranes, etc.). Otra variante afirma que los blancos son también hijos del diablo y otra más dice que el canto fue aprendido de una gran piedra lisa y redonda al ser golpeada con otras piedras que los hombres antiguos le arrojaron en el principio, antes de que se bailara el tuburi como se hace ahora.

El *pewatero*

Pewatero o *pewatelo* es el nombre que recibe el curandero o médico tradicional entre los warijó de Chihuahua, denominación que no aparece en la bibliografía consultada sobre Sonora, en donde al parecer se les llama *iyowiame*. Algunos *pewateros* lo son desde que nacen y sólo es cuestión de que

a lo largo de su vida su misión se fortalezca. Otros reciben la enseñanza de algún otro *pewatero* y se ejercitan por la práctica y el estudio diarios. Otros más se convierten en curanderos ya en una edad adulta a consecuencia de alguna revelación recibida por una enfermedad o por una crisis vital. Sin embargo, los *pewateros* no son abundantes: en nuestros recorridos solamente encontramos a una persona que se definiera como tal, aunque hallamos a varias personas que conocían algunas hierbas medicinales, sabían sobar o ejercían ocasionalmente como parteras, las más frecuentes actividades dentro de la poco extendida medicina tradicional practicada por este grupo étnico. Aparte de ellos, la mayoría de los adultos conocen algunos de los remedios o plantas curativos, y en el hogar, la madre suele ser quien los aplica al resto de la familia.

Los recursos terapéuticos tradicionales proceden del hostil medio ambiente en que se desenvuelve la vida social de los warijós. Principalmente se utilizan plantas como chanate, chuchupate, gordolobo, manzanilla, palo mulato, laurel, guamúchil, mezquite, vinorama, el tabaco silvestre (como diagnosticador) y otras entre las más citadas. Se habla también del empleo de la arcilla, del barro, del copal y de algunos animales como la víbora, el alacrán (para picaduras causadas por él mismo) y el mochomo (especie de mosquito con cuyos excrementos se lavan heridas ponzoñosas). Normalmente, la medicina doméstica combina estos elementos con algunos productos procedentes del exterior como las aspirinas, analgésicos, alcohol, inyecciones, *Vicks VapoRub*, etcétera.

En cuanto a las enfermedades que más suele atender el *pewatero*, encontramos las que son más propias de los niños, como la caída de mollera, el mal de ojo, la diarrea y el sarampión; las que son comunes antes, durante y después del parto, como las amenazas de aborto, el desacomodamiento del bebé, hemorragias, hinchazón de pies o manos y dolores de cintura; las fracturas óseas, como golpes y luxaciones, y todos aquellos males puestos ocasionados por la acción de otra persona o brujo sobre el enfermo y por la influencia de una planta o un lugar determinados. Por lo que se refiere a las técnicas de curación —salvo en la utilización de las plantas y en el manejo de los huesos y músculos, en donde hay bastante uniformidad—, cada *pewatero* tiene sus propios mecanismos para establecer los diagnósticos y sus “herramientas” particulares.

En muchas ocasiones, el *pewatero* ejerce también las funciones de cantador y de rezandero, siendo una persona de reconocido prestigio a quien, por su saber, constantemente se le piden opiniones en torno a decisiones importantes de índole social que afectan a toda la comunidad. Igualmente, suele ser uno de los que mejor manejan el idioma warijó y de los que más extensamente conocen la historia mítica y el acervo cultural del grupo. Todo eso lo faculta para utilizar numerosos recursos simbólicos dentro de sus curaciones con los que establece comunicación, por una parte, con “el cielo”, “arriba” o Dios (fuerza o procedencia final del poder con el que cura) y, por otra parte, con los pacientes.

Testimonio del *pewatero*

En lo que sigue, quiero presentar una versión adaptada del testimonio que nos brindó en agosto de 1995 un representante *pewatero* warijó de Chihuahua:

Yo soy San Juan Séptimo, Aristeo de sobrenombre, *pewatero* de La Barranca que en warijó se nombra gavilán, Warerere. Nací hace ochenta y un años y contemplé a los quince cómo se ocultó el sol cuando venía por allá trayendo palma con don Juan Rentería. Empecé a trabajar en este asunto de la curación hacia los cuarenta años, una vez que vino un señor enfermo de aquí de la Mesa [de Seriachi]. Luego, una vez, salí al monte, me quedé dormido y en sueños me dijeron que cortara un pedazo del palo adonde me había ido a dar el sombrero y que con ese remedio curase a la gente. También me encontré esta piedra [un enorme cuarzo] con la que limpio y levanto a los enfermos. Más tarde, cuando yo todavía no sabía si era *pewatero*, Vicente, un curandero y sobador que no era de por aquí, sino de más arriba, me dejó estas otras dos piedras [dos canicas grandes] y me explicó que tenía que andar por las comunidades curando a la gente.

Con esta piedra tengo que sobar todo el cuerpo, *pa'* arriba y *pa'* abajo, hasta que quede bien claro lo que tenga y se descubra el mal puesto de acuerdo con el color que señala si hay fiebre [verde], como si fuera un termómetro, o si se trata de un susto, etcétera.

Entonces, esta otra piedra se coloca en esta parte del cuerpo y se le pega un jalón con la boca, chupando así hasta que va saliendo el gusano que tenga dentro junto con la gente que está manejando esto, y con ello se alivió el enfermo, aunque a veces se batalla mucho.

Una persona se enferma de mal puesto cuando no lo quieren a uno, cuando a uno no le conviene o no le cae bien. Entonces, para curarlo, solo Dios sabe. Yo lo solicito allá arriba, en el cielo, donde se celebra una junta en donde está Dios platicando y ahí entregan al enfermo y al que hizo el mal al señor o la señora. A ese ya no lo sueltan, ya se va a quedar, ya lo van a castigar y a encarcelar por acuerdo de Dios, mientras que al enfermo lo devuelven, se viene junto conmigo, ya se alivia y ya sigue viviendo tranquilo. También hay animales que hacen daño al cuerpo de uno, pero no porque lo haga mal por sí, sino porque hay una persona que no le cae a uno y entonces mete aquel animal al cuerpo de uno por la cabeza, por la espalda, por el corazón o por el estómago. Por eso la gente que viene picada de un animal puede ser por un animal cualquiera, pero también por causa de otra persona, y eso hay que averiguar primero.

Yo solamente sé de tres medicinas de raíz o de hierbas. Una se llama salvia, otra es el jejote cimarrón y el otro es una rama grande llamada jeco. Entonces, las hiervo en un litro de agua hasta que quede medio litro y de ahí le doy un vaso al paciente para que eche ese mal que tiene en el estómago o en el cuerpo. Sólo tres medicinas de plantas tengo; aparte, en el sueño se me dice qué otras plantas necesito, si están en un cerro o en una piedra y cómo debo de sacarlas e ir a traerlas.

Dios es el más poderoso que está arriba. Es una persona que se encuentra entre cinco o seis que le están dando ahorita su poder, todos juntos, y son los que hacen venir a la gente para allá. Es la más poderosa, pues es una persona grande, con la cara grande y ancha igual que una. A mí me han solicitado allá en sueños y he platicado con Él que en español se dice



Porras, E. (1995). Aristeo, *pewatero* de La Barranca. Uruachi.

Jesucristo y, en warijó, pues le decimos monó, o sea, un papá que viene siendo Dios. Él todo lo sabe y lo dice, nomás que yo estoy algo sordo y no me ayuda el oído; aunque a mí Jesucristo ya me aconsejó muy poquito, me dio doce palabras y *'orita* ya sé un poco más qué tengo que hacer.

Cuando morimos nosotros, nuestra casa nos queda aquí abajo, nos entierran con nuestra caja, podemos decir con la casa o el cuerpo, y entonces lo único que se va para arriba es el espíritu, el alma. En warijó se le nombra "arewá", la máquina que está trabajando, y se sale y allá lo recogen, allá vamos, y los que tenemos mucho error o somos matones o somos rateros o somos malos, esos no subimos, no suben, se quedan abajo, llorando en el viento; y mientras no los recoge Jesucristo, andan llorando aquí abajo. Por eso hay hacerle una fiesta al difunto, rezarle rosario, unir los familiares y parientes, hermanos, tíos, papá. Matamos chiva, le damos al cantador tamales y pozole, y con eso ya subió, ya no está aquí abajo con nosotros, ya lo recogió allá arriba su mamá o su papá.



Porras, E. (1995). Tejedora de sombreros. El Cusal.

Aquí tengo dos señores cerca que pueden quedar cuando yo me vaya. También tengo un hijo, pero está en Sonora, y un muchacho que está aquí ahorita, pero que está muy duro, que no lo puedo dominar, que tiene otro pensamiento y como que no quiere entrar conmigo. Pero yo le estoy preguntando entre sueños, lo estoy llevando allá arriba; ya estamos llegando y nomás falta que nos reciba nuestro Jesucristo y entonces ya va a cazar por ahí esto y lo otro así. Pero no estoy seguro de que viva mucho tiempo o de que no me enferme y muera antes de que les deje los cargos para que vengan a curar a la gente.

En 1910, cuando los porfirianos andaban haciendo guerra y todo eso, pasaron por aquí unas personas que iban a matar al señor Sáenz de Archuybo. De ahí lo solicitaron a Chínipas y de Chínipas se fueron a Cerro Prieto, de donde venían los yaquis y los mayos. Entonces, de ahí bajó Jesucristo a decirles: "Si ustedes están peleando, si siguen peleando, entonces se va a acabar el mundo". Llegó detrás de otro y le pegó en la espalda diciendo: "Si ustedes no se calman, si no se componen, entonces *'orita* se van a morir todos, pero el mundo no se va a acabar, pero la gente sí se va a acabar". Entonces, los que iban de aquí para allá y los que venían de allá para acá se saludaron donde le dicen Cerro Prieto, donde está un grande santo que se llama Virgen de Guadalupe, y ya no siguieron, se calmaron y regresaron. Pero ahora solo Dios sabe, pues todos están peleando, echando bombas, y el mundo no se acabará, pero la gente se muere aquí abajo y sí se acabará si sigue peleando, eso es lo único que sé.

A modo de conclusión

La medicina tradicional es uno de los recursos culturales y materiales más importantes de los que disponen los warijó de Chihuahua. Su universo se relaciona con un conocimiento preciso del entorno natural y de las propiedades específicas de plantas, tierras y animales. También se encuentra estrechamente ligada a la lengua, a las ceremonias y a los mitos y narraciones que condensan la tradición oral aprendida por el grupo. En el *pewatero* o curandero warijó convergen una serie de cualidades que lo convierten en una especie de ideal del ser, pensar y sentir del grupo por el que él habla. Al mismo tiempo, de acuerdo con las técnicas, procedimientos y cosmovisión que maneja, se presenta como un interesante modelo o variación del chamanismo, en el que se encuentran articulados muchos elementos cristianos y cuyo estudio puede aumentar nuestro saber sobre los fenómenos de sincretismo y contacto cultural.

El poco desarrollo y conocimiento que de la medicina tradicional warijó se tiene refleja la situación actual de marginalidad y aislamiento —en parte deseado y en parte provocado— que predomina en este pueblo indígena. Manifiesta

también la necesidad de realizar programas e investigaciones en el área que habitan para sistematizar la información que tienen sus habitantes y para revalorizar su cultura, sus formas autóctonas de organización social y sus concepciones propias de concebir el desarrollo, contribuyendo con ello a fomentar la diversidad humana y a evitar que el etnocidio estadístico de los números llegue a coincidir con la realidad de carne y hueso.

Bibliografía

Artalejo, J. (1995). Comunicación personal. Abril. Transcripción de Rosa María Tamariz.

- Cámara Barbachano, F. (1961). *Warijíos*. México. Proyecto Silos-Guarijio. (1995). Reporte técnico de actividades, 1992-1994. Hermosillo: El Colegio de Sonora, Instituto Nacional Indigenista, Culturas Populares, Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo A.C., y Universidad de Sonora.
- Scott-Gentry, H. (1961). *The Warijio Indians of Sonora-Chihuahua: An Ethnographic Survey*. Washington: Smithsonian Institute and Bureau of American Ethnology.
- Séptimo, A. (1995). Comunicación personal. Julio. Transcripción de Alberto Rivera.
- Torres, L. (1995). Comunicación personal. Julio. Transcripción de Guadalupe Fernández y Rosa María Tamariz.